

La paranoia galopante

José Gordon

Se trata de un autor de novelas que no me gustan aunque tienen gran popularidad. Su madre se dedicaba profesionalmente a la música. Su padre era un destacado profesor, autor de un libro de textos sobre matemáticas avanzadas. En ese marco se estimula una mentalidad atenta a las teorías de los complotos y secretos ocultos. Dice Dan Brown, autor de *El Código Da Vinci*: “Mi infancia estuvo llena de cazas del tesoro, crucigramas, acertijos y rompecabezas. Cada mañana de Navidad, mientras la mayoría de los niños encontraban regalos bajo el árbol, yo tenía mapas del tesoro que, si resolvía, me llevaban hasta un lugar secreto de nuestra casa donde mis regalos estaban escondidos”.

En los años universitarios, el interés por ver códigos ocultos en todas partes se nutre en una Nueva Inglaterra en donde los estudiantes se incorporan a fraternidades clandestinas y a logias masónicas. En esa atmósfera conoce el mundo que desarrolla-

rá en sus novelas. Una mañana, los agentes del Servicio Secreto llegaron al campus universitario para apresar a un estudiante. Su delito: la noche anterior se le había ocurrido enviar un correo electrónico diciendo que le hubiera gustado “matar a Clinton”. A Dan Brown no le importó tanto la captura de ese joven. Le fascinó la forma en que se había obtenido la información.

Comenta Brown: “No pude evitar preguntarme cómo el Servicio Secreto había aislado ese único mensaje entre los millones que hay en Internet. Empecé a hacer algunas búsquedas en organizaciones para saber cómo conseguían sus datos de inteligencia y lo que descubrí me alucinó”. Ahí estaba la base de una futura novela sobre el espionaje electrónico (*La fortaleza digital*, 1998).

Esa alucinación salta de la literatura nuevamente a la realidad. En 2013, un joven experto en informática llamado Edward Snowden da a conocer el nivel de invasión

a la privacidad que lleva cabo la NSA (Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos). De acuerdo con Snowden, el espionaje que se está realizando hoy en día se filtra prácticamente en todos los medios que usamos para comunicarnos:

“La NSA ha creado una infraestructura que le permite interceptar casi cualquier cosa. Con esta capacidad, la gran mayoría de las comunicaciones humanas son automáticamente procesadas sin blancos específicos. Si quisiera ver tus correos electrónicos o el teléfono de tu esposa, sólo necesitaría utilizar estos mecanismos de interceptación. Así, puedo obtener tus correos, contraseñas, registros telefónicos, números de tarjetas de crédito”.

Se puede *hackear* la información de cualquier sospechoso potencialmente peligroso para Estados Unidos. El alcance es transnacional: Google, Yahoo, Facebook, Skype, YouTube, Apple y Microsoft no pueden darnos plena garantía de privacidad. Cuando navegamos inocentemente por Internet en la tranquilidad y soledad de nuestra casa, no nos damos cuenta de que el Big Brother orwelliano puede estar observando. De hecho, Snowden plantea que existe un programa denominado El Informante Sin Fronteras, que procesa en tan sólo un mes 97 mil millones de datos que provienen de todas las redes informáticas del planeta. Lo alucinante es cómo se extrae lo relevante para fines de espionaje dentro de ese rompecabezas que mira y escucha todo. Lo alucinante es saber que eso ya pasaba de alguna manera desde los años noventa, cuando Dan Brown era un estudiante *sospechosista*, jinete de la paranoia galopante. Atestiguó algo que parecía una trama de novela sacada de la manga. No sabía lo que Woody Allen nos enseñó: “La paranoia consiste en conocer todos los hechos”. **U**

